

EL ESCEPTICISMO GRIEGO

Santiago González Escudero

Profesor de Historia de la Filosofía Antigua de la Universidad de Oviedo
La Orotava - Las Palmas, marzo de 1998

BUSCANDO EN EL CONCEPTO

El escepticismo de los griegos es una actitud coherente. Un punto de partida semejante no siempre ha sido reconocido desde la Antigüedad, toda vez que desde sus orígenes los ataques a esta forma de pensar han coincidido en negar sentido a sus planteamientos e incluso a asegurar que carece de ellos. A veces hasta se llega a defender una cierta actitud escéptica pero no toda una filosofía con este carácter.

El término griego “*skeptikós*”, de uso poco corriente, se caracteriza desde la perspectiva filosófica que lleva este nombre, por lo que resulta difícil su asimilación al margen de esta doctrina, de manera que en principio se utilizaba “escéptico” para designar a un representante de la misma diferenciándolo de otras escuelas. En fin, que o bien se conoce previamente qué actitud filosófica posee o es imposible encontrarle un sentido al adjetivo de referencia, puesto que designa exclusivamente a aquella persona “que busca”, “que observa con determinimiento” y, para decirlo con nuestras palabras, “que investiga” y no a aquel que duda, como podría cualquiera señalar desde nuestro uso normal del concepto.

Por eso, si nos planteamos en un primer momento este término, no es por encontrar para esta cuestión un camino de entrada como otro cualquiera, sino que simplemente así estamos iniciando el ascenso dentro de las ideas en las que



nos hemos de apoyar para realizar nuestro cometido. Porque empezar una tarea de historia de la filosofía implica convertir nuestro momento, nuestro modo de hablar, de ver las cosas y de mostrar nuestras convicciones simplemente en ideas, que se puedan comparar hacia atrás, o sea en el pasado cuando se han ido formando, y aplicar ahora, que es cuando las vamos a necesitar en funcionamiento.

Así pues, en la aventura del término encontramos al menos los dos jalones siguientes:

1. Los escépticos griegos adoptan el nombre para señalar su manera de proceder, o, mejor aún sus intenciones (esa es la razón por la que su actitud ante la vida ocupa el primer plano frente a su filosofía). No se trata, pues, de una manera característica de pensar sino de un planteamiento que se manifiesta al menos de forma chocante ante los demás, pues llega a sumirles en la aporía más completa. Bien es verdad que desde un principio es preciso dejar claro que el objeto de sus ataques o de su enfrentamiento doctrinal no es la vida cotidiana sino la referencia a fundamentos invisibles, que además se dan por sentados. Sólo en semejantes condiciones, cuando alguien encuentra la fuerza de sus explicaciones en un más allá invisible y apostrofa desde el dogmatismo, es el momento de mostrar la actitud de búsqueda tras demostrar la falacia de la garantía invisible. Tal vez la imitación continua de los oráculos divinos en su estilo sentencioso, aquéllos que conducen al sabio a asentar sus palabras por detrás de los demás mortales con una fuerza inexplicable, es lo que llama a algunos a dar por existente la verdad como criterio o también a buscarla.

2. Los interlocutores de los escépticos, sin embargo, perciben en este redoblado afán de búsqueda de la verdad, de comprobación de las afirmaciones hasta la aporía, una actitud hostil basada simplemente en un intento insultante de “llevar la contraria”, que culmina en la forma inusitada con la que el escéptico muestra fehacientemente que no es posible avanzar con más afirmaciones puesto que no hay modo de inclinarse a una postura concreta: es la “epoché” o suspensión del juicio¹. Partiendo de la aporía irresoluble a que conducen es por lo que la palabra “escéptico” pasa a señalar al que duda o mejor al que hace dudar y se aparta de los planteamientos investigadores originarios.

¹ Naess, 1968, págs. 2-5 abre una dimensión psicológica del concepto de “escepticismo” a propósito de las actitudes que conducen a la suspensión del juicio, cuando utiliza el viejo concepto que ya había utilizado el atomismo antiguo, el de “isosthenia” de Demócrito, para referirse a la necesidad de restablecer el equilibrio entre las opiniones. Sin embargo parecería más propio establecer la objetividad y necesidad del convencimiento, tanto en el atomismo como luego entre los escépticos (cfr. M. Gigante, 1981 a propósito del giro “no más...que....”).



Pero el término y su valor conceptual ha tenido una larga fortuna. Tanta que nosotros aplicamos el adjetivo “escéptico” de modo coloquial con múltiples matices diferenciales de los que tenemos que hacernos eco.

Porque, no nos engañemos, cuando hablamos de escepticismo, y decimos frases como “Manolo no cree en milagros, es un escéptico”, o bien “No trates de convencerme porque hoy me encuentro en plan escéptico” o también “Me he vuelto un escéptico de la Medicina” e incluso “Ante tanta corrupción he llegado a un fuerte escepticismo en materia de política general” probablemente no nos encontremos en las condiciones más adecuadas para comprender el escepticismo griego.

La solución pasa por un doble análisis, uno terminológico y conceptual en líneas generales y otro de índole filosófica.

A tal conclusión se llega simplemente manejando el diccionario de la Real Academia que en la voz “escepticismo” recoge dos acepciones solamente: 1. “Doctrina de ciertos filósofos antiguos y modernos, que consiste en afirmar que la verdad no existe, o que, si existe, el hombre es incapaz de conocerla”; 2. “Desconfianza o duda de la verdad o eficacia de alguna cosa.”

Demasiado oscuro o conciso para explicar debidamente la mayoría de las frases que hemos tomado de las conversaciones generales en nuestro entorno.

Más específico, como por otra parte cabría esperar, se muestra el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, que bajo “escéptico” apunta sobre todo al “inclinado a la duda o la falta de fe”.

El de Corominas es mucho más preciso al apuntar que este término se deriva del griego “skeptikós” o sea “que observa sin afirmar”. Tal vez se pasa de precisión porque la verdad es que, como tendremos ocasión de constatar enseguida, la voz en griego es un adjetivo que se aplica simplemente al que “observa buscando algo”, pero no tiene nada que ver con el que afirme o no.

Filosóficamente, sin embargo, no existe claridad al respecto. Algo perfectamente normal porque en filosofía no se trabaja con conceptos sino con ideas y éstas tienen que ver con su aplicación a las circunstancias y se transforman con el cambio de los tiempos; pero también hay que apuntar que una idea, cuando se ha ejercido, hace variar por completo el escenario cotidiano de manera que incluso desde ese momento ella misma debe ser aplicada ya de distinta manera. Y esto tiene que ver fundamentalmente con el escepticismo y con la actividad de la escuela que lo ejerció como postura filosófica por primera vez. Sus experiencias, logros, procedimientos y obras fueron discutidos, recogidos y revisados luego a lo largo de la historia, pero siempre adaptándolos a nuevas situaciones y necesidades, ya que resulta que la filosofía es algo que se necesita y que se emplea.

En consecuencia, hoy tenemos en nuestra lengua, como ya hemos tenido ocasión de mostrar, el término “escepticismo” y “escéptico” cuyo uso habitual



se aplica a “no tener fe”, a “dudar de la entidad o eficacia de algo” y, de manera más pretenciosa, a “poner en tela de juicio la verdad”.

El que hayamos llegado hasta ahí es simplemente el resultado de un largo proceso de historia de la filosofía que conviene apuntar simplemente porque necesitamos acudir a distintas ideas si queremos adentrarnos en el mundo de los griegos para poder valorar una postura filosófica aplicable a muchas de las dificultades con las que nos encontramos en nuestro mundo y no ya en el pasado.

Vamos a mencionar las siguientes etapas en el valor conceptual del término escéptico y en las ideas en las que se introduce o las que genera:

1. El mundo griego, sobre todo en el siglo II de nuestra era que es cuando escribe Sexto Empírico², la figura más importante de la escuela. En esta época “escéptico” es “el que investiga o busca siempre” y se aplica por oposición a quienes no tienen ya que buscar:

“Sobre las cosas que se investigan desde el punto de vista de la filosofía, unos dijeron haber encontrado la verdad, otros declararon que no era posible que eso se hubiera conseguido y otros aún investigan. Y creen haberla encontrado los llamados propiamente dogmáticos; como por ejemplo los seguidores de Aristóteles y Epicuro, los estoicos y algunos otros. De la misma manera que se manifestaron por lo inaprehensible los seguidores de Clitómaco y Carnéades y otros académicos. E investigan los escépticos. De donde con mucha razón se considera que los sistemas filosóficos son –en líneas generales– tres: dogmático, académico y escéptico.” (Sexto Empírico, *Hyp. Pirr.* I, 1-4)³

En esta clasificación rápida de la filosofía ya nos encontramos con la curiosa situación de que se acercan más a lo que hoy entendemos bajo “escépticos” los que en este pasaje se denominan académicos. Sobre estas coincidencias y diferencias hemos de volver más adelante.

² Sobre Sexto Empírico y la destrucción de muchas inexactitudes sobre su vida, como era una supuesta relación familiar con Plutarco y la formación del emperador Marco Aurelio (vid. Von Arnim, R.E. 1923, bajo el nombre de Sextus Empiricus) G. Vollgraff, “La vida de Sexto Empírico” incluido en la ed. de L. Gil de Fagoaga 1926.

³ La obra *Hypotiposis Pirrónicas*, que tradujo al castellano L. Gil de Fagoaga, Madrid 1926, ha sido nuevamente puesta en castellano, bajo el título *Esbozos pirrónicos*, por A. Gallego Cao y T. Muñoz Diego con una mayor precisión del léxico al uso normal y actual del idioma. En todas las citas de esta obra reproduciremos su texto.



2. El mundo medieval, el mundo cristiano, comenzando por San Agustín y la influencia que, a través de las obras filosóficas de Cicerón⁴, llega a éste, no precisamente del escepticismo de Sexto Empírico sino más bien de los Académicos, que van a ser atacados en su obra *Contra Académicos*. Aparece así una curiosa postura, que no tiene que ver con la actitud investigación característica de los escépticos, pero que desconfía de la verdad frente a la fe, a la revelación. Este movimiento por un lado culmina en Nicolás de Cusa, tal vez la teología negativa, etc., en el fideísmo en suma, por un lado y sobre todo por otro en la controversia de la Reforma⁵.

3. El cambio en el planteamiento del escepticismo como postura filosófica en una nueva actitud que culmina sobre todo en Descartes⁶ y que va a caracterizar su fortuna posterior muy diferente de los griegos. Este periodo de 1500 a 1675, como señala Popkins, se caracteriza por una parte por el hallazgo de un manuscrito de Sexto, que fue traducido parcialmente en 1569, totalmente en 1601, y el texto griego completo publicado en 1621. Todo ello cuando precisamente la lucha de la Reforma había puesto de moda la discusión sobre los criterios de verdad⁷. Lutero va a discutir la autoridad del Papa y la imposición de criterios desde la defensa de la fe y de la conciencia de cada cual. Lo que va a ser tomado como la postura escéptica genuina. Erasmo va a

⁴ Cicerón, en sus obras *Academica* y *De Natura Deorum*, es la fuente principal para la postura de Arcesilao y Carnéades, pero a la vez es el difusor máximo de una postura escéptica relacionada con la afirmación de que la verdad no existe. Otras fuentes para estas doctrinas como Diógenes Laercio y su *Vidas de los filósofos más ilustres* o el propio Sexto Empírico jamás podían rivalizar con el hito que para el aprendizaje del latín y del discurso ha significado Cicerón en toda la historia.

⁵ Estos aspectos han sido estudiados con detenimiento por Richard H. Popkin, trad. en F.C.E., México 1983. pp. 11-21.

⁶ A Descartes se le hace responsable de plantear el escepticismo moderno, vid. los artículos recogidos por M. Williams (ed.), 1993, sobre todo M. F. Burnyeat págs. 3-41, en donde se analizan las diferencias entre escepticismo griego y moderno y se centra la cuestión en torno al concepto cartesiano de "mundo exterior" como barrera entre ambos. El propio M. Williams, págs. 41-85 señala como lo fundamental en el Pirronismo (escepticismo antiguo) la orientación práctica frente a una teoría del conocimiento que, junto con la citada cuestión del "mundo exterior", caracterizan al escepticismo moderno.

⁷ El estudio en detalle sobre las circunstancias que rodearon tanto la publicación como la aceptación del escepticismo vid. Popkin, págs. 43-51.



atacarle con los mismos argumentos y dirá textualmente que es mejor suspender el juicio, como dicen los escépticos, que la iluminación individual que preconizaban los reformistas. Evidentemente el escepticismo había entrado en una nueva fase.

4. El planteamiento de Montaigne y sobre todo de Descartes se centra en la duda como método y sirve sobre todo para edificar uno de los pilares del escepticismo moderno, la idea de “mundo exterior”, de *res extensa*, que ahora se enfrenta a la cuestión del criterio de verdad simplemente como la garantía de la vigilia frente al sueño, de la posibilidad de lo real frente a la hipótesis de un genio maligno que pueda engañar. El yo, la *res cogitans*, solo frente al mundo cuya existencia parece convertirse en algo quimérico.

5. El otro pilar del escepticismo moderno viene representado por una larga lista de reformistas ingleses, que se inicia en Wilkins, Locke, Reid y sobre todo Hume, cuyo elemento central lo constituye la prueba de certeza, que evita caer en el escepticismo⁸.

6. La etapa siguiente en el escepticismo la tendríamos que caracterizar en Hegel, que habla de la “postura escéptica” como un corte entre el hombre y el mundo y que seguiría en toda una larga línea que va desde Schopenhauer, Nietzsche a Kierkegaard y todo el existencialismo. Estas etapas cambian el planteamiento de los griegos. Nos llevan desde un escepticismo como actitud de investigación hasta una postura fideísta o anti-fideísta. Desde una actitud de freno a los dogmáticos a un problema epistemológico o metafísico que se plantea el conocimiento del mundo y los mecanismos de análisis y fiabilidad. Ahora, con toda esa producción de direcciones y de actitudes hemos de volver a los griegos y tratar de descubrir no sólo en qué consistía la doctrina sino sobre todo en dónde radica su indudable capacidad de atracción y su relación con la liberación de la vida y del pensamiento, que encontramos en el afán que tiene Kant por establecer la libertad como condición del pensamiento, por ejemplo.

⁸ M. Jamie Ferreira, 1986, explica los orígenes de conceptos como el de “certeza moral” y de “duda razonable” en una especie de escepticismo constructivo que confluye en Locke (págs. 12-31, 31-41) y que no se opone en absoluto al concepto de “prueba” de Hume (págs.43-45), aunque éste último siempre había pasado como representante de la reacción escéptica genuina frente a aquél.



VIVIR COMO UN PIRRÓNICO

Entonces, ¿se podría decir que es posible hablar de “vivir a lo pirrónico” o, más claramente “vivir como un escéptico”?⁹

Es opinión unánime considerar que el escepticismo en Grecia es la postura filosófica establecida por Pirrón de Elis o de Élida¹⁰, que vivió entre el 365/360 y el 324/323 a.C. Como las fechas absolutas muy poco nos pueden indicar, recordemos que Sócrates vivió aproximadamente entre el 470 y 399, Platón entre el 427-347 y Aristóteles entre el 384-324.

Asimismo, para situarlo en relación con otras escuelas helenísticas, tengamos en cuenta que Zenón, el fundador de los estoicos, vivió entre 336 y 264 y Epicuro está entre el 342-271.

La conclusión que podemos obtener de esta cronología relativa es que Pirrón puede situarse entre aquellos intelectuales para quienes el personaje Sócrates, tal como Platón pretende hacer figurar, se junta con una realidad his-

⁹ Tal vez hacerse esta pregunta pueda ser censurado de “cliché”, sin embargo no lo es en absoluto porque a lo largo de la historia de la filosofía nunca ha quedado lo suficientemente claro si el escepticismo se plantea continuamente en todas las circunstancias de la vida o sólo cuando alguien busca fundamentos dogmáticos, pese a que desde Pirrón se ha hecho especial hincapié en que la “epoché” sólo tiene sentido en la segunda de estas alternativas. Tal vez el afán del dogmatismo por extenderse hasta lo innecesario ha creado la falsa necesidad de una actitud aporética permanente ante cualquier cosa, porque de esta manera resultaba perfectamente fácil y lógico responder negativamente a la posibilidad de una vida escéptica. Probablemente Diógenes Laercio dio pie a esta absurda interpretación del escepticismo antiguo contando el chiste fácil de que Pirrón tenía que andar orientado y conducido por alguna persona pues de lo contrario hubiera sufrido un accidente andando por la calle (IX, 66). Así M. Burnyeat, 1980, llega a justificar la imposibilidad de vivir en plan escéptico diciendo que serían como estatuas porque como no creen en nada y las emociones dependen de las creencias no se puede esperar nada de ellos. J. Barnes, 1983, se cura en salud hablando de distintos niveles de “suspensión del juicio”, pero no sale de la línea negativa en lo que se refiere a tomar en serio una vida con semejante filosofía.

¹⁰ La postura más común entre los historiadores es la de considerar a Pirrón como el genuino representante del escepticismo doctrinal; sobre todo con la intención de poner otro polo a la intención ciceroniana, generalizada más tarde en la Edad Media, que coloca la filosofía probabilista de los Académicos como el paradigma de una actitud aporética constructiva en el conocimiento científico. La información sobre Pirrón que podemos obtener a partir de Diógenes Laercio no da para grandes cosas y la obra de Sexto Empírico, que atribuye más elementos a la actividad pirroniana, no fue divulgada hasta el Renacimiento cuando se tuvo entre manos un manuscrito completo de estas obras. También es la postura que mantiene V. Brochard, 1887, aunque reconoce las limitaciones de cualquier imagen de Pirrón o de los orígenes del Escepticismo dado el estado de documentación que padecemos al respecto, e incluso la de A. Naess, 1968, 1-36, para quien el pirronismo representa el escepticismo más genuino del que Sexto Empírico no es más que su fiel narrador.



tórica general donde representa una cierta actitud inconformista (un talante, un “ethos”) digna de ser tenida en cuenta y ejercitada¹¹.

Con todo sería preciso observar la configuración histórica, muy larga en el mundo griego, de todo un sistema de explicación del mundo que conduce al ejercicio instrumental de la filosofía pirrónica y, desde luego a una postura escéptica en el conocimiento¹². Efectivamente, sabemos que Pirrón se relacionó con los miembros de la denominada escuela de Mégara, calificada como de las menores en comparación con la de Platón pero de indudable vinculación socrática. El carácter erístico que tenía esta escuela se nota perfectamente en su actitud, si bien esto está mucho más destacado en su discípulo Timón de Fliunte en cuya obra los *Silloi* o surcos establecía escenas que parodiaban el “epos” homérico con el héroe Pirrón y sus enemigos los demás filósofos. En realidad Timón representa el Platón de Pirrón, pues la enseñanza de éste era oral y fue recogida por el discípulo.

La postura de Brochard¹³, heredera de la mantenida por la mayoría de los filósofos anteriores, es la de considerar el Pirronismo como la actitud genuinamente escéptica, si bien con ciertos rasgos que debían presentarla en cierto modo diferente de lo que la escuela filosófica fue después.

En todo caso lo que tiene razón de ser es que aquí nos encontramos con una época que no es la helenística y con una generación en consonancia con la socrática. Podríamos relacionarla con la actitud de Diógenes de Sinope, con la de Aristipo de Cirene o con la de los megarenses, e incluso con la del propio Platón, pero difícilmente con la que se plantea en la etapa postaristotélica.

Sin embargo hemos de hacernos a la idea de que las cosas no resultan tan simples. No tenemos a nuestra disposición un Pirrón directo¹⁴, por mucho que

¹¹.Cfr. una vez más la obra citada de M.Gigante, 1981, en donde se hace eco de la diferencia hegeliana entre una actitud escéptica ante la vida sin que por eso se pase a ejercer una filosofía determinada, y una doctrina escéptica, que también lleva consigo una actitud escéptica radicalizada, pero que se puede determinar históricamente. En este sentido se hace eco Gigante de una planteamiento más general que afecta, por ejemplo, a Demócrito, pese a su dogmatismo indiscutible en cuanto doctrina filosófica.

¹² Punto de vista que se detalla en el análisis del escepticismo como sistema de explicación del mundo y como mecanismo conceptual en T. Calvo Martínez, 1992.

¹³ La obra de V. Brochard, 1887, aunque actualmente se considere superada en muchos aspectos, sigue siendo un clásico de historia de la filosofía en relación con el pensamiento escéptico griego.

¹⁴ No sólo acerca de la cuestión de un Pirrón directo sino ya simplemente para conseguir una imagen unitaria de Pirrón es preciso mezclar las distintas tradiciones que lo han utilizado y transmitido. En esta labor hemos de reconocer que la imagen obtenida de Diógenes Laercio, por tomar una de las fundamentales, discrepa notablemente de la que puede salir a partir de Sexto Empírico, por tomar la otra fuente básica en tal reconstrucción. Hablar de un “consenso” entre filósofos sobre la figura de pirrón, como hace J.P.Dumont, 1972, no nos ayuda en absoluto en la comprensión de esta figura. Para un estudio detallado de la cuestión vid. F.Decleva Caizzi, 1980, I, 94-127.



nos hable de él Diógenes Laercio en su forma acostumbrada. Lo que podemos encontrar es un personaje como lo es el Sócrates de las conversaciones platónicas. Y así lo hemos entendido nosotros en las ocasiones en las que intentábamos recoger y explicar más su actitud que sus enseñanzas¹⁵. Un personaje de diálogos es el mecanismo de la filosofía, que es visible mediante un procedimiento, el método socrático o mayeútica, y sólo en esas condiciones.

Claro que de Platón conservamos las obras pero de Timón sólo las referencias. Testimonios que probablemente han permitido dedicar, a su vez, en el siglo II de nuestra era a Sexto Empírico toda una obra en tres libros, como ya hemos apuntado, a semejante doctrina. Pero Sexto no hace ni escenas ni mueve personajes como Platón, tan sólo se refiere al comportamiento del filósofo escéptico y establece en su caso el proceder de Pirrón para refutar a sus contrincantes. Desdoblamiento que permite que nos topemos con la labor refutadora de Sexto Empírico aunque él la proyecte hacia atrás, o sea hacia el momento en el que habla Pirrón.

La actividad polemizadora de Pirrón se centra en la discusión con los dogmáticos hasta llegar al “no más”, o sea “no es más convincente A que no-A”, o bien al “da lo mismo” e incluso al “no es discernible diferencia” con lo que se adoptaba la “epoché” o sea la suspensión del juicio¹⁶.

Se cuentan (porque también lo hace Diógenes Laercio) diez “trópoi” o maneras que conducen a la suspensión del juicio, atribuidos a Pirrón¹⁷, veamos el pasaje:

“Pues bien, entre los primeros escépticos los “trópoi” por los que parece regirse la suspensión del juicio –a los que por otro nombre denominan “argu-

¹⁵ La relación que se puede establecer entre la “mayeútica” socrática como procedimiento en una situación interrogativa y los “modos” pirrónicos para frenar el dogmatismo los hemos analizado en S. González Escudero 1991.

¹⁶ T. Maudin, 1986, hace una diferencia entre un ataque que él denomina “internal”, que consiste en tonar un criterio específico para poner en duda el asentimiento del contricante a su creencia, y el que llama “external”, que sólo sirve para mostrar el escaso fundamento de las propias reglas o criterios que se aplican. Asimismo no ve una conexión directa entre la suspensión del juicio y la “ataraxía” o imperturbabilidad, pues tendría que haber unas razones sistemáticamente construidas para llegar de una situación a su consecuencia. En realidad estamos de acuerdo con el autor en que la ataraxía se altera con el dogmático y no con el escéptico; sin embargo sería mejor en este caso hablar de un estado de equilibrio que se pierde con la pretensión del dogmático de pasar a supuestos inusuales, por lo que responderíamos a Maudin que precisamente de lo que huye el escéptico es de la noción de paraíso alcanzable, cuando lo que se tiene delante es un ejemplo de salud perdida por la enfermedad inculcada en el dogmatismo.

¹⁷ J. Barnes, 1983, se plantea qué posibilidad real podemos atribuir a la actitud pirrónica para establecer un modo de vida. Para conseguir algo utilizable en tal sentido es necesario clasificar y graduar niveles en la “epoché” o abstención del juicio, a fin de que el pirronista pueda echar mano de un punto concreto ante cualquier “anomalía” que altere la marcha normal de lo cotidiano. Es entonces cuando desencadena el proceso de investigación que lleva a la “epoché” allí donde la alteración se hubiera producido.



mentos” o “tipos de argumentación”– se transmiten habitualmente en número de diez. Y son éstos:

El primero, el de “según la diversidad de los animales”.

El segundo, el de “según la diferencia entre los hombres”.

El tercero, el de “según las diferentes constituciones de los sentidos”.

El cuarto, el de “según las circunstancias”.

El quinto, el de “según las posiciones, distancias y lugares”.

El sexto, el de “según las interferencias”.

El séptimo, el de “según las cantidades y composiciones de los objetos”.

El octavo, el de “a partir del con relación a algo”.

El noveno, el de “según los sucesos frecuentes o los raros”

El décimo, el de “según las formas de pensar, costumbres, leyes, creencias míticas y opiniones dogmáticas”.

Siguiendo la costumbre sirvámonos de este orden. Aunque hay tres “trópoi” que engloban estos diez: el de “a partir del que juzga”, el de “a partir de lo que se juzga” y el de “ambas cosas”. Al “a partir del que juzga” están subordinados los cuatro primeros, pues el que juzga o es un animal o un hombre o uno de los sentidos y lo hace en alguna circunstancia. Al “a partir de lo que se juzga” el séptimo y el décimo. Y al que resulta de ambos, el quinto, sexto, octavo y noveno.”¹⁸

El funcionamiento de todos los “trópoi” se establece a partir siempre de un proceso dialéctico y no simplemente de una conversación cualquiera. El modelo tal vez se podría deducir de los diálogos platónicos, o más bien en las situaciones erísticas que a veces quedan retratadas en ellos cuando uno de los interlocutores es un sofista. Los megáricos había insistido en un procedimiento semejante aunque siempre desde perspectivas lógicas buscando el argumento perfecto, el vencedor.

En Sócrates es preciso atenerse a la “prueba” de la respuesta que se da a una pregunta como “¿qué es x?”, o sea, por ejemplo, “¿qué es el valor?”, cuando x es tal que no se puede mostrar a nadie, ni señalar¹⁹. Suele clasificarse el procedimiento como una típica situación interrogativa ante algo que no se conoce, que no se sabe, aunque por lo general se viva confiando en su perfecto funcionamiento. La prueba lleva a una triple aporía, es decir a una situación de absoluta vacilación e indecisión, primero terminológica ante la pluralidad de sentidos de

¹⁸ S. Empírico, *Hypotip. Pirr.* I, 36-39.

¹⁹ R. W. Puster, 1983, estudia detalladamente esta posibilidad en los diálogos platónicos de juventud.



un término, luego conceptual ante la variación en un cambio de aplicación y finalmente esencial cuando su propiedad específica desaparece en un cambio de circunstancias. Hace años insistíamos en este mecanismo y en que precisamente este modo de intentar ponerse de acuerdo ante un problema es el que recoge Pirrón y elabora a su manera.

Sin embargo parece que, para entender en qué consiste el pirronismo, si es que podemos hablar así, no es suficiente la acción de reducirlo a las actividades de un personaje en unas situaciones muy precisas que hemos calificado de interrogativas y que en los diálogos platónicos podemos contemplar aplicadas a Sócrates. El modelo de Platón ha producido múltiples imitaciones directas a lo largo de la Historia: Aristóteles, Cicerón, Plutarco, por sólo citar algunos en la Antigüedad, escribieron diálogos o conversaciones de este tipo. Personajes como Sócrates, Pirrón, su discípulo Timón, pero también los cínicos Diógenes y Menipo fueron colocados a lo largo de la Historia como personajes de anécdotas, chistes, situaciones y de conversaciones o diálogos completos para mostrar filosofía. Hegel nos hubiera corregido, tal vez, asegurando que se trataba de actitudes ante la vida, pues pretendía reservar el concepto de filosofía para un sistema organizado de pensamiento y entendía que los pirrónicos, como los cínicos e incluso los epicúreos, carecían de él.

Con todo, deberíamos pararnos a discutir si estamos de acuerdo con esta calificación, pero por ahora la cuestión que estamos tratando es previa. Lo que queremos precisar es si podemos hablar de Pirronismo y de si éste es el fundamento de la corriente filosófica escéptica²⁰. O, dicho de otra manera, si hemos de tomar los “trópoi” mencionados arriba como la síntesis doctrinal genuina de la escuela. Todo esto parece poco convincente como dato histórico fiable:

a) Primero, porque lo conocemos en un movimiento únicamente discursivo, puesto que Sexto no introduce personajes, sólo argumentos, o sea discursos.

b) Segundo, porque los rasgos humorísticos, accesorios y burlescos, que son abundantes a lo largo de las argumentaciones para hacer que el supuesto discurso contrario no se sostenga simplemente porque sólo comunica hilaridad y absurdos desde lo cotidiano, prestan ese carácter típico del relato y de los medios de comunicación de masas que Barthes denomina “fingimiento de lo verosímil”.

c) Y tercero porque se sigue un método perfectamente medido de transformación de lo habitual en canal de comunicación, como cuando se intenta hacer pasar por lo normal y habitual en nuestra vida utilizar tal tipo de coche, tal

²⁰ Una explicación textual detallada, aunque concisa, de los modos, junto con una amplia recogida de información textual, en A. A. Long & D. N. Sedley, 1987, I, 485-88.



comida, vestido, etc. (en los anuncios de los medios es normal que se considere por ejemplo un coche como el canal de comunicación del modo de vida, situación social e incluso del modo de pensar). Todo ello nos hace pensar en que nos hallamos ante una reelaboración hecha por Sexto de todo lo atribuido a Pirrón, aunque en síntesis los diez “trópoi” recojan diferentes maneras con las que semejante personaje se enfrentaba a los dogmáticos.

Veamos unas pinceladas de la manera en que explica el “trópos” segundo, el que obedece a las diferencias entre los hombres.

“Incluso en el caso de que uno aceptara a título de hipótesis que los hombres son más fiables que los animales irracionales, encontraremos que la suspensión del juicio viene inducida también por la diferencia entre nosotros; porque, como es sabido, se dice que hay dos cosas de las que el hombre se compone –el alma y el cuerpo– y en las dos somos diferentes unos de otros. Por ejemplo, en cuanto al cuerpo, diferimos en los rasgos externos y en las características orgánicas. 80. Así el cuerpo de un escita difiere en los rasgos externos del de un hindú... 81. Diferimos en cuanto a características orgánicas en el sentido de que algunos digieren más fácilmente carnes de buey que pececillos de roca y de que algunos son llevados a la diarrea por el suave vino de Lesbos 85. Habiendo tanta variedad en los hombres en cuanto a los cuerpos... es natural que los hombres difieran unos de otros también en lo referente a la propia alma... 89. Así es pues forzoso que la suspensión del juicio se siga también de las diferencias entre los hombres. 90. Y cuando los dogmáticos –que tan prendados de sí mismos están algunos– dicen que en el enjuiciamiento de las cosas debe dársele más crédito a ellos que a los demás hombres, estamos seguros de que su pretensión es absurda; pues ellos mismos son parte de la disputa y, al enjuiciar los fenómenos así, dándose de entrada la razón a sí mismos, se apoderan de lo investigado antes de dar comienzo a la investigación, pues se asignan a sí mismos la decisión.”²¹

El pasaje tal como lo hemos recogido presenta un abanico que podemos juzgar como mezcla de:

1. La experiencia corriente de la vida cotidiana, incluso con algún detalle humorístico y anecdótico propio de chistes y de sentencias populares, que es en donde se asienta la vivacidad entre nosotros de conceptos como “pluralidad de animales”, “variedades” y “modos de vida” que chocan y se entremeten con los de “gente”, “diferencias” y “costumbres” hasta constituir las tramas habituales que forman el día a día tanto de los griegos como de nosotros mismos. Desde estos entrelazamientos precisos, a partir de estos encuentros cotidianos se cons-

²¹ S. Empírico, *Hyp. Pyrr.* I, 89-91.



truyen las vías por las que discurre la vida, cuyo cálculo corresponde al pensamiento y cuya descripción es el discurso. La filosofía platónica llama a estos recorridos “ideas” y la aristotélica juicios, proposiciones y razonamientos.

2. La práctica precisa de la medicina en la que Sexto Empírico precisamente había inaugurado una línea nueva, denominada metodista, consistía en una regulación sistemática de la clínica, de manera que la aplicación siempre del mismo procedimiento eliminase reflexiones y elucubraciones poco efectivas sobre causas, tipos de enfermedades, etc. Es obvio que en tal modo de actuar era fundamental una observación detallada de semejanzas y diferencias tal como vemos aquí. La garantía de la experiencia médica en este sentido se reconoce en el concepto de “páthema” para señalar aquello que un cuerpo sufre de una cierta manera externa, física: la “enfermedad” sin más precisiones que las de ser reconocida en síntomas ya tipificados; lo que se diferencia del “nosema” o “padecimiento”, como muy bien analiza V.Domínguez en su estudio de la melancolía²². El “páthos” o experiencia directa y de primera mano es lo que todos los filósofos de la época helenística van a intentar mezclar de alguna manera con la “aisthesis” o mecanismo de la percepción, que es distinto al “nosema”. Justamente hacer algo así es lo que este tipo de médicos intenta evitar. Y los pasos que dan son unir la observación de lo cotidiano a una precisión de la observación en la determinación de síntomas. Eso lo apreciamos en la construcción del pasaje.

3. Las doctrinas de los llamados dogmáticos, centradas en la diferencia entre cuerpo y alma, en la que coinciden todos ellos. Los dogmáticos establecen un marco diferente de la experiencia, porque ellos hacen un discurso apoyado en ideas, conceptos, desarrollos y suposiciones precisadas con anterioridad, no apoyado en el “páthos”. El “páthos” no es, pues, un modo individual, particular y característico de ver las cosas²³. Es característico en la época helenística hablar de la figura del “sabio” y enfrentarla como la de un personaje privilegiado frente a los demás²⁴. El sabio no entra en ese “páthos”, o sea, cuando alguien dice frases como “me parece”

²² Vid. V. Domínguez García, 1991, “La melancolía, ciertamente, en el Corpus Hippocraticum es el resultado de un desequilibrio en la mezcla de los humores; pero este desequilibrio, esta mala mezcla, no provoca una enfermedad (nosos) sino un padecimiento (nosema)” (p.264) : el padecimiento marca una situación, condiciona un cuadro de la vida, pero no es el “pathos”, y además motiva una percepción diferente.

²³ Cfr. el uso de pathos como “experiencia peculiar” en Tucídides (III, 113; IV, 125), Eurípides (*Hipólito*, v. 677; *Ión*, v. 1378),

²⁴ . El sabio no duda, “dogmatiza”, dice Epicuro (Fr. 562 Us.). En el Frg. 401 de Posidonio (ed. W.Theiler) hay una larga referencia a los supuestos doctrinales de los pitagóricos y su empleo que se califican de paradigma dogmático y que determinan perfectamente el campo de extensión de este concepto.



o “me aparece” algo, debemos plantearnos si ese “me” corresponde a un sabio o a un ignorante. El “páthos” no puede excluir ni diferenciar: no es la opinión es la experiencia como ser humano²⁵. Por lo tanto no se apoya en una doctrina particular (de ahí lo de dogmáticos para los que lo hacen) sino en un “me” general que obedece a la forma común y normal de funcionamiento de las cosas.

Conviene que, llegados a este punto, establezcamos una matización poco frecuente entre los que nos dedicamos a buscar en la historia de la filosofía. Se refiere al ámbito que la gente de una época considera como el marco de la vida, en donde sitúa los límites, ejes, centro y movimientos.

En la sociedad cristiana este marco se entiende como el cuadro creado por la divinidad, que es su centro y destino final. Entre los griegos esto no es así. La ciudad es su centro y el ámbito aparece constituido por todo lo que con ella tiene que ver.

Esto supone que la idea de un mundo creado, pero sobre todo la imagen de un mundo exterior al hombre queda por completo ajena a la época. Podemos decir que el problema de “el mundo exterior”, que es en el que se centra el escepticismo moderno con la duda acerca de la verdad de dicho mundo, de la existencia del cuerpo y de los criterios en este tipo de cuestiones, no se corresponde con las pretensiones del mundo antiguo; por lo tanto el escepticismo en la Antigüedad tiene que ser diferente.

El problema que preocupa a los griegos es el de la comunicación que debemos establecer entre los seres humanos para convivir en el mundo. El núcleo está en la fiabilidad de la comunicación, en poder aprovechar lo establecido (lo “alethés”) y en encontrar un discurso (“lógos”) que responda objetivamente a esto.

LOS CAMINOS DEL ESCEPTICISMO

Según Sexto, después de Pirrón fueron regulados otros modos o “trópoi”²⁶. Nosotros probablemente debiéramos entender que el camino seguido por la escuela, si es posible hablar en tales términos, nunca ha sido lineal. Pirrón,

²⁵ . “Me estoy dando cuenta de que me ocurre una experiencia (“páthos”) contraria a la de los que han hablado poco antes”, dice Isócrates en su *Panatenáico* (Isócrates, *Orat.* 12, 95, 1). “Todos han sentido esta sensación (“páthos”) precisamente”, dice Demóstenes (*Pro Corona*, 45, 6).

²⁶ Sobre la relación de los “trópoi” entre sí, reduciendo los diez a la cuestión de la relatividad establecida como procedimiento (la relatividad de las apariencias del sujeto, del objeto y de ambos, vid. Long & Sedley, op. cit., 486) y el desarrollo desde los dos “trópoi” (“todo lo que se comprende o parece que se comprende por sí mismo o por otra cosa” S.E. I, 178) hasta generar los “trópoi” uno, dos, cuatro y cinco en el aparato de los cinco “trópoi” atribuidos a Agripa con lo que Sexto habría conseguido una clave funcional como método, vid. W. Bröcker, 1958.



como personaje de Timón con un comportamiento peculiar en situaciones de la vida en las que conviene hacer la “epoché”, o sea abstenerse del juicio, se queda como modelo del mismo para un mundo de comunicación; y éste no puede ser otro que el ambiente condicionado por la vida en la polis²⁷, con sus instituciones, con sus mecanismos democráticos de representación y con aquellos talleres que propagan en imágenes sobre los vasos de cerámica todo el colorido y la diversidad de un escenario socialmente privilegiado. Es asimismo el mundo que vivió Platón y también Aristóteles.

La superación de la vida de la ciudad en el helenismo y sobre todo la conversión de la filosofía en caja de herramientas imprescindible para poderse integrar en un universo mucho más allá de Grecia, con Oriente, Egipto y más tarde con Roma, deja a Pirrón en anécdota, como si se tratase de mera referencia pintoresca a un pasado de ilustración y de participación directa en la vida política. Ni siquiera es el personaje de una conversación que convierte las pruebas del discurso en el camino hacia el conocimiento. Tal es el papel de Sócrates gracias a la habilidad platónica. Pero Timón se encuentra a una altura distinta y se conforma con pretensiones menos constructivas, tal vez por no ser dogmático o quizás porque en realidad no supo dar con la adecuación al escenario de la ciudad en la que Platón es un maestro. Sea lo que fuere, el caso es que si atendemos a lo que Diógenes Laercio nos cuenta, tanto de Pirrón como de Timón, no podemos llegar a establecerlo como un claro representante de una actitud filosófica. Si nos parece lo contrario hoy se debe a la reelaboración hecha por Sexto Empírico, totalmente anacrónica ya que está llena de referencias a estoicos, epicúreos y sobre todo académicos con los que no convivió Pirrón.

Realmente su discípulo Timón tuvo que convivir con Arcesilao y la orientación académica, que pasó por el auténtico camino del escepticismo durante muchos siglos. Después de Timón, dice Diógenes Laercio²⁸, sucede que:

“Nadie fue su sucesor..., más bien la escuela quedó disuelta hasta que Ptolomeo de Cirene la reinstauró”

Y esto probablemente sucedió en el 100 a.C.. Así que desde el 235, fecha

²⁷ J. Ch. Laursen, 1993, insiste en que precisamente la “zétesis”, la “epoché”, la “ataraxía”, la vida “según lo que aparece” y la vida “de acuerdo con las cuatro reglas” (que son: tener la guía de la naturaleza, la necesidad de los sentimientos, seguir las tradiciones y costumbres y tener instrucción en algún oficio, S.E. I, 23) no tienen otra explicación que no sea la vida política. De la opinión contraria es J. Annas, 1986, pág. 21, cuando señala que el Escepticismo se caracteriza por separarse de la vida cotidiana. En esta misma línea M. Nussbaum, 1991, que muestra al escéptico como alguien carente de emociones y llega a equiparar la suspensión del juicio con el cese de toda actividad, sobre todo la emocional.

²⁸ IX, 115.



de la muerte de Timón, hasta el 100, es la Academia, con Arcesilao y sobre todo con Carnéades, la que mantiene unas directrices que la gente confundía con el escepticismo.

Sexto, tras exponer los “trópoi” de Pirrón, no sigue un orden cronológico. Más bien pasa de los orígenes a la época próxima a él mismo, pues habla de los modos de suspensión de juicio de los “escépticos más recientes”. Estos son cinco²⁹:

El primero, el de “a partir del desacuerdo”

El segundo, el de “caer en una recurrencia ad infinitum”.

El tercero, el de “a partir del *con relación a algo*”.

El cuarto, el de “por hipótesis”.

El quinto, el de el círculo vicioso”

Se refieren: al desacuerdo que supone la divergencia de opiniones; a la recurrencia buscando avales de los avales sin terminar jamás; la diferencia de lo observado según los distintos observadores; el partir de hipótesis convencionales y sin justificar; por último, el círculo vicioso es cuando lo que se demuestra tiene que ser garantizado por lo que se deriva de la demostración.

Todos ellos cambian el escenario pirrónico, puesto que alcanzan una caracterización técnica que es comprobable por el modo como los expone y cuenta el propio Sexto Empírico, mucho más conciso y preciso, sin rasgo alguno de humor y sin referencias a lo cotidiano. Reconoce de forma clara que³⁰:

“El asunto propuesto es algo relacionado o bien con el conocimiento sensible o bien con el intelectual; pero de cualquier tipo que sea, estará sujeto a discusión. En efecto, unos afirman que sólo lo relacionado con el conocimiento sensible es verdadero, otros que sólo lo relacionado con el intelectual y otros que algunas cosas relacionadas con el sensible y algunas relacionadas con el intelectual. Pues bien, ¿dirán acaso que esa discusión es superable?, ¿o que es insuperable? Si insuperable, diremos que hay que mantener en suspenso el juicio, pues es imposible pronunciarse sobre lo que se discute sin posible acuerdo. Y si superable, querremos saber a partir de qué se resolverá.”

Por tanto tenemos una actitud metodológica ante el problema del conocimiento, o más bien con las sentencias y proposiciones sobre el mismo. La determinación del criterio que sirve para construir dichas sentencias obedece al afán de presentar una postura crítica ante las escuelas y los dogmas no sólo filosófi-

²⁹ S. Empírico, op. cit., I, 164-165.

³⁰ S. Empírico, op. cit., I, 170.



cos sino sobre todo científicos. Probablemente se trata de la reflexión por el que Sexto presentó la variante metódica en la línea de la Medicina empírica³¹. De todos modos reconoce que no existe contradicción respecto a los “trópoi” anteriores, a los pirrónicos³²:

“...Los establecen no para desechar los diez “trópoi”, sino para mediante ellos y en unión con ellos poner en evidencia con mayor detalle el atrevimiento de los dogmáticos.”

Incluso llega a reconocer que es posible reducir solamente a dos el número de “trópoi” –nosotros diríamos que esto es necesario si se pretende describir así la manera de construir, el procedimiento con el que lo podemos hacer y el orden de colocación de los instrumentos que nos permiten representar el mundo, o sea una actitud gnoseológica–, esto es³³:

“Nada se aprehende o se capta a partir de ello mismo ni de ninguna otra cosa; no a partir de ello mismo dado el desacuerdo insuperable entre los estudiosos de lo que hay; ni a partir de ninguna otra cosa, porque se cae en el círculo vicioso o en la recurrencia ad infinitum.”

Así cierra Sexto la cuestión de los “trópoi” o maneras que llevan a la suspensión del juicio. Nosotros añadiríamos que con este método se muestra una actitud precisa para mantenerse en guardia en medio de los avatares cotidianos ante el asalto de opiniones privilegiadas por su fuerza de imposición, por el oportunismo o sobre todo por la utilización de cualquier medio para conseguir colonizar voluntades desprevenidas o atemorizadas por las propias limitaciones humanas. Con los cinco “trópoi”, en cambio, la postura es otra: se trata de configurar formalmente un pensamiento frente a todos los sistemas filosóficos, frente a todo aparato epistemológico. Se puede decir, en suma, que de esta manera se culmina el camino que conduce a una gnoseología, a un análisis de fases, etapas y procesos en la construcción de la imagen operativa de nosotros mismos y de nuestro entorno.

Una gnoseología derivada de la reflexión metódica es la que proporciona la determinación negativa que hace Sexto con los dos “trópoi” a los que nos refe-

³¹ Los escépticos consideraban a los dogmáticos como enfermos. Vid. el curioso análisis que hace D.Marcondes de Souza Filho, 1993, cuando defiende que el escéptico no es un caso raro en la sociedad, un ser “aislado”, más bien los enfermos son los dogmáticos. Y su enfermedad es doble: por un lado, padecen de “oiesis”, esto es, de presunción, y, por otro, de “propeteia”, o sea, de precipitación. Una consideración específica de las relaciones entre la técnica de la Medicina y la formación del conocimiento en C.Marelli, *Atti* II, 657-676.

³² S.Empírico, op. cit., I, 177.

³³ I, 178-180.



ríamos en último lugar: éstos le sirven no de síntesis, por grande que sea el grado de reduccionismo al que remita, sino de interconexión del “páthos”, o experiencia, con las actitudes enfrentadas y con el discurrir programático del pensamiento previsor.

LA GÉNESIS DE UN PROCEDIMIENTO ESCÉPTICO

Hemos contemplado desde la actitud pirrónica, cuando se le añade la disciplina de la técnica médica en tiempos de Sexto, la formación de un procedimiento metódico³⁴ que se inserta como uno más dentro de los mecanismos comunicativos del resto de las técnicas de la época, generando sus herramientas conceptuales. Sin duda que la combinación de lo específico con el discurso cotidiano llega hasta el punto de orientar perfectamente al ciudadano sobre los alcances de orientación que puede exigir en cada caso a los distintos especialistas, sin llegar a tener que admitir hipótesis en el aire o verse arrastrado al asentimiento por el asombro y la incapacidad de encontrar las palabras y razones adecuadas a un “páthos” que nos conduce a la abstención del juicio.

Semejante pretensión de encontrar una herramienta de defensa general en la vida diaria manteniéndonos al nivel y altura de los conceptos que brindan las técnicas y de la experiencia común no es innovación de la actitud pirrónica, pues ya hemos señalado que se encuentra en la socrática y, por lo demás, se había convertido ya en el apoyo de la dialéctica en las conversaciones que cuenta Platón. Por eso no parece extraño que la Academia pueda dar la impresión de ser el lugar en donde se produce una labor escéptica más seria que la de Pirrón. Sin duda que ya se había encargado de convertir situaciones y actitudes en procedimiento gnoseológico, porque no de otra manera se puede explicar la filosofía que aparece en las conversaciones platónicas. Los partidarios del Platón oral tendrían mucho que decir sobre la cuestión, pero asimismo también los historiadores de la propia Academia.

Pero lo que nos interesa en este momento es que desde Pirrón a Agripa y luego hasta Sexto hemos de encontrar ese mismo proceder de los académicos, por cuanto la actitud de Pirrón pasa de imagen en movimiento o de mero recuerdo de discípulo a planteamiento doctrinal. Pues desde un principio las estampas pirrónicas sólo incluyen a Pirrón como referencia indirecta y no asistimos a una escena teatral, ni siquiera a un desarrollo del pensamiento, como sucede en los diálogos de Platón. La ciudad, el ambiente e incluso la capacidad y metodología de los interlocutores han desaparecido.

Con todo, es preciso señalar que en el ambiente cotidiano y coloquial dis-

³⁴ Un tratamiento amplio y detallado de las relaciones entre una “episteme” aristotélica y las necesidades metodológicas exigidas por la práctica del oficio en F. Adorno, *Atti*, 448-485.



ponemos de una serie de recursos expresivos que evidencian el procedimiento gnoseológico del “juicio crítico” semejante al que utiliza Pirrón antes de la “epoché”. Sexto los reúne y explica en detalle³⁵: Son algunos de ellos simples frases como “no es más esto que aquello”, “nada damos por sentado”, “quizás es, quizás no es”, “también es posible”, “no me puedo decidir por esto”, “nada determino” o “no doy mi asentimiento o rechazo tajantemente nada”, “todo está indeterminado”, “todo es inaprensible”, “no capto” o “a cada argumento esgrimido por nosotros se opone un argumento equivalente”.

Cada una de estas frases constituye un recurso habitual de la vida cotidiana que usamos para rehuir explicaciones improbables o eternas a fin de atenernos, en cambio, al funcionamiento habitual de los canales de comunicación en nuestro entorno más que a discursos sobre su fundamento que nos trasladan a una realidad virtual, desde la que parece que ya nos encontramos en pleno desarrollo de las cosas cuando sólo estamos moviéndonos entre palabras, frases y sentencias pretenciosas.

Desde las técnicas de cada oficio sabemos que el dominio de los mecanismos y herramientas, el “saber” (episteme) exige bastante más que el aprendizaje de un manual de instrucciones; también su demostración implica habilidad y destreza. Si salimos del ámbito concreto del taller y pasamos a la continuidad de la vida no por ello es posible eliminar las condiciones de un “saber” más general. Mejor atribuir, en su caso, el fracaso a lejanos orígenes o a los males de los antepasados que a nuestra falta de pericia. La Historia, de la mano de Tucídides trató de prevenir tal confusión de explicaciones; para ello la diferencia entre “pretextos” y “causas”, como también entre origen, desarrollo y consecuencias, a la hora de colonizar el espacio del tiempo con un acontecimiento fundamental capaz de generar los canales de comunicación entre gentes, circunstancias y territorios. La Historia así entendida “explica” rápidamente y justifica modos de argumentación³⁶. También es capaz de reconstruir un entorno a partir de sentencias dogmáticas. La historia como “magistra vitae” es doctrina difundida por la misma mano que nos ha transmitido la mayor parte de la información sobre los Académicos; también tiene que ver con ella la teoría del posibilismo político apoyado en la “*concordia ordinum*” o consenso entre poderes, y todo ello introducido con el recurso argumentativo y convincente propio de Cicerón.

Pero también el procedimiento de Tucídides alcanzó una importancia colateral al pasar a la Medicina. Los hipocráticos construyen la “historia del enfermo”, bus-

³⁵ I, 187-210.

³⁶ James T. Shotwell (1939) 1942, 211-233, comenta la proyección del historiador como “autoconciencia” de su época y de las limitaciones como técnico en su enfoque. También cita a F.M.Cornford, 1907, 76 en la idea de que Tucídides utiliza el escepticismo como arma para liberarse de la incredulidad.



can las causas e incluso buscan la salud como consenso de fuerzas desde el equilibrio de cuatro humores. Precisamente Sexto se encuentra en medio de la corriente que, oponiéndose a este tipo de enfoque médico, preconiza la observación atenta y la ordenación de los síntomas.

Asimismo en cuanto a la Historia en su papel de formación del ciudadano podemos señalar que Platón se opone a ella. Por lo que se refiere a la práctica médica, Platón insiste siempre en que la Filosofía es la Medicina del alma y coloca los procedimientos terapéuticos, en lo que tenían de empíricos y de atentos con las “líneas naturales” del cuerpo humano, como patrón de un modo de razonar (“logízei”).

Claro que la Medicina tiene un papel decisivo en la historia del escepticismo, amén de la relevancia que encierra para toda la práctica filosófica. La Medicina es una “téchne”, un arte u oficio, que tiene que ver con la observación del cuerpo humano, como ya hemos señalado, pero también con remedios farmacológicos y sobre todo con la alimentación. Platón habla de dos “téchnai”³⁷ o artes que se ocupan del cuerpo, la del ejercicio muscular o Gimnástica y la de la Medicina, cuya “antistrophé” o réplica viene a ser la del arte culinario, que con el mismo esquema o ritmo de receta simula el beneficio del cuerpo cuando sólo se trata de vulgar imitación aparente.

En esta época, en el siglo IV a.C., había una fuerte discusión entre un tipo de Medicina preocupado de la discusión sobre las causas, principios y fundamentos tanto de la enfermedad como de la salud y otra manera de enfocar la “téchne” que tenía que ver con la práctica y experiencia técnica.³⁸ Esta discusión no se debe limitar a un único oficio, como es el de la Medicina, y es anterior a Platón. Se puede decir que tiene mucho que ver con el desarrollo del concepto de “pólis” y el modelo peculiar de la Atenas como sociedad industrializada a partir de Pericles. Tendríamos que hablar en este sentido de los diferentes “manuales” específicos que confeccionó Demócrito, de su doctrina atomística, de su influencia en el desarrollo de la Mecánica e incluso de su ética basada en la noción de equilibrio.

Sin duda, este giro que toman las artes modifica la relación entre “lógos” y “érgon”, abriendo entre ambas dimensiones un espacio nuevo, como señala Pericles cuando explica que el modelo de “pólis” ateniense ha sido capaz de demostrar que los “lógoi” no son obstáculo para las “érga” sino más bien su necesario enlace. El campo de la creación, de la “poíesis” se convierte así, antes de que Platón lo eleve a doctrina filosófica, en la proyección de la vida laboral y, por lo tanto, en el canal de comunicación por excelencia. El ser humano como medida, el cuerpo más el alma y sus necesidades, pasa a primer y único plano frente a la

³⁷ *Gorgias* 464 b – 465 a.

³⁸ Cfr. el tratado *Sobre la naturaleza humana*, atribuido al yerno de Hipócrates.



tradición familiar y las instituciones apoyadas en ella. Y esta tendencia es la que da origen a la filosofía, a la actividad de Platón y a la proyección desde las ideas.

Pero no vamos a entrar ahora en la Historia de la Medicina ni de las demás artes; ni siquiera en el enfrentamiento de los médicos empíricos a la hegemonía de los estudios anatómicos como medio único de establecer cadenas causales y de enlazar con la “*physis*”, tal como pretendían los aristotélicos³⁹. Lo único que tratamos de hacer ver con esta alusión a los oficios es que la doctrina basada en la observación de signos o síntomas y en la utilización de una metodología rigurosa, aplicada a la Medicina, estuvo fuertemente influenciada por la Academia, precisamente en el componente escéptico propiamente dicho. De esta manera podemos afirmar que las actitudes que apartan planteamientos teóricos acerca de la verdad y lo establecido más allá de lo comprobable consiguen hacer pasar a primer plano la determinación de síntomas en favor de la eficacia del técnico: el médico no se fía ni confía en teorías, sólo en la aplicación de un método preciso alejado de prejuicios.

UNAS PALABRAS SOBRE LA ACADEMIA

Ya hemos apuntado que los Académicos fueron considerados por Sexto como no escépticos por cuanto que parten de un asentimiento a algo, aunque en su caso este “algo” se trata de afirmar la no existencia de lo establecido, de la verdad; sin embargo fueron difundidos como auténticos escépticos por Cicerón y así fueron considerados a lo largo de la Historia, por lo menos hasta el Renacimiento.

La Academia trata de desarrollar el personaje Sócrates como legado platónico y de marcar la representación de la actitud en Filosofía al modo doctrinal del propio Platón.

Tras una etapa de escasa influencia, con Arcesilao y Carnéades la Academia cobra nuevas fuerzas precisamente desarrollando un procedimiento metodológico orientado al análisis de los signos y testimonios que permiten llegar a lo “convinciente”, ‘*pithanós*’, y a lo acostumbrado o “probable”, ‘*oikeíos*’. A este situación no se llega, según éstos, como resultado de un consenso de opiniones sino mediante la combinación entre la “*enérgeia*” o claridad de las cosas y el “*lógos*” entendido como discurso o proposición que refleja la capacidad que tienen las cosas para ser imaginadas funcionando, es decir, en calidad de “representación” sobre todo de un ámbito cualquiera.⁴⁰

³⁹ Un estudio muy detallado de esta cuestión, que muestra sobre todo el “metodismo” de Sexto Empírico y la influencia de las teorías probabilistas de Carnéades en la práctica de la Medicina, se puede ver en C. A. Viano, *Atti* II, pág. 563 y ss.

⁴⁰ Esto es lo que les atribuye Sexto Empírico, *Adv. Mathem.* VII 144 y ss., para señalarlos como no escépticos.



La Academia proporciona, al menos, una nueva relación entre lo “sensible” o ‘aisthetikós’ y lo supuestamente “inteligible” o ‘noetós’. En este camino seguían sin duda el planteamiento platónico que en el conocido mito de la línea⁴¹ explicaba de esa manera el procedimiento dialéctico que va de las cosas a las ideas, y viceversa. Brehier a principios de siglo⁴² señaló la importancia del segundo concepto en la época helenística. Insiste en que ‘noetós’, desde los estoicos tiene que ver con ‘lektós’ o lo “expresable”, con lo que la oposición entre sensible e inteligible se reduce a una dimensión lógica y lingüística, aunque en el Estoicismo esto no significa ni mucho menos un reduccionismo en su alcance doctrinal pero sí un punto de vista determinado. Precisamente por esa razón preferimos ver aquí una influencia de la propia Academia más que del Estoicismo, ya que tiene más que ver con el mundo de la reflexión sobre la experiencia. Pero la verdad es que, pese a la postura de Bréhier, ‘noetós’ seguía siendo entendido desde la rúbrica aristotélica como lo que se opone a todo lo que entra por los sentidos.

Con todo, y en favor de su recuperación por la Academia, en el platonismo ‘noetós’ caracteriza el estadio en donde uno “se da cuenta” de los aspectos y relaciones que tiene algo en un entorno, se aprecia así la ‘symploké’ o enlaces entre las cosas que dan pie a pensar en el funcionamiento de cualquier conjunto. En este sentido va a ser recogido este último término por las técnicas de los oficios, sobre todo por la Medicina. Galeno precisamente tiene una obra sobre la ‘symploké’, en donde se estudian las características formales que conducen las probabilidades en la enfermedad.

Así ‘noetós’ supone la sustitución del mecanismo causalista aristotélico por la consideración de un entramado de procesos y de características.

Este ataque a la doctrina de las causas es atribuido por Sexto⁴³ a Enesidemo y estaría basado en ocho “trópoi”⁴⁴, que en síntesis serían:

1. El origen de la causalidad, por residir en lo no manifiesto, no tiene confirmación unánime en los fenómenos.

⁴¹ Vid. *Repúbl.* VI, 509d –511e. Un intento detallado de explicación en Raven 1965, págs. 145-166.

⁴² E. Brehier, 1914, 269-282, entiende ‘noetós’ referido a lo “expresable”, aquello que los estoicos denominaba ‘lektón’. Cfr. V. Celluprica, *Atti* II, págs. 488-499, que hace un estudio detallado donde define ‘noetón’ en Sexto Empírico como el concepto que designa “tutto ciò che cade sotto i sensi, ma è conosciuto dal pensiero” (493).

⁴³ Sexto Empírico, *Hypotip.*, I, 180-187.

⁴⁴ Cfr. E. Bréhier, 1918, 69-76.



2. Muchas veces hay diferentes maneras de asignar causas y no una sola.
3. De cosas que se forman en orden dan causas desordenadas.
4. Cuando han comprendido lo manifiesto, creen que lo no manifiesto es igual.
5. Asignan causas según sus hipótesis y no según métodos generales aceptados.
6. Suelen admitir lo que concuerda con su pensamiento y rechazar lo contrario.
7. A veces proponen cosas que contradicen tanto a los fenómenos como a sus propias hipótesis.
8. Al ser tan absurdas las cosas que se dan por evidentes como las que se investigan, construyen sus teorías a partir de cosas absurdas y sobre cosas no menos absurdas.

De esta manera Enesidemo ha explicado en ocho “trópoi” simplemente una cuestión de procedimiento técnico, en este caso más bien una reflexión clínica, que es el mecanismo de análisis usado por los Académicos. Se basa en nociones como lo “claro”, lo “probable” y lo más “frecuente”⁴⁵. Conduce sin duda a un estadio en donde la sabiduría se apoya en la capacidad y habilidad tanto en la construcción del discurso como en la aplicación del arte correspondiente. Pero, por otra parte, es preciso insistir en que de ninguna manera lleva a la suspensión del juicio sino más bien a evitar los prejuicios y las deformaciones profesionales.

A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

Hemos señalado líneas diferentes en el Escepticismo.

Una, la manifestada por el personaje Pirrón, que se refleja en una peculiar forma de entender la suspensión del juicio desde los canales de comunicación habituales en la vida de la ciudad: un intento desde la esfera de lo cotidiano, contando con el apoyo habitual en las instituciones sociales y en la organización en que aparecen cosas y personas, sin añadir “dioses nuevos” ni reconducir la situación a procedimientos más o menos mágicos e invisibles. El hecho de que sea Sexto quien nos haya descrito y comentado estos momentos hace que el conjunto aparezca teñido con los matices específicos de la rivalidad helenística entre las escuelas que sacan a la luz dogmatismos anacrónicos en circunstancias históricas anteriores.

⁴⁵ M.Jamie Ferreira, págs. 234-243, sugiere que la escuela empirista inglesa ha desarrollado una postura escéptica a la vez que un anti-escepticismo basado en respuestas desde la naturaleza humana, considerando que “lo natural” es lo instintivo y universal. Hume, en esta misma línea, llamaría la atención acerca de la imposibilidad de que alguien pudiera vivir desde el escepticismo, dado que lo natural en el hombre sería la creencia. Tendríamos que matizar en este sentido que la postura atribuida a Hume por el autor no constituye una novedad ya que es la de San Agustín en *De Fide* y está construida plenamente sobre los presupuestos escépticos de la Academia.



Dos, la herencia platónica, sobre todo la que se configura en torno a Arcesilao y Carnéades en medio de una discusión técnica dirigida principalmente contra aristotélicos y estoicos. Podríamos hablar seguramente de procedimiento gnoseológico, si bien Sexto Empírico se empeñaba en considerarlo clara manifestación de dogmatismo epistemológico aunque desde un aspecto negativo. Cicerón será el encargado de difundir esta visión que pasará al mundo cristiano como muestra de un escepticismo genuino.

Tres, el Escepticismo propiamente dicho o la actitud gnoseológica de los médicos, sobre todo de Sexto Empírico, que tratan de conseguir una metodología de investigación. Sin embargo es preciso reconocer que se ha aprovechado del Academicismo más de lo que está dispuesto a reconocer. La ventaja que ofrece su doctrina es que responde perfectamente a la exigencia de la filosofía como camino de vida, capaz, por otra parte, de despejar el campo para la observación de un funcionamiento social, que no de “función”. Es decir, se apoya en la idea de que las cosas tienen que ajustarse y de hecho aparecen así conectadas no sólo en el mundo que nos rodea sino también en todo lo que se refiere a la relación con el cuerpo humano y su salud. Seguir las conexiones conduce a descubrir la actuación de todo entre sí, y nada más. Puesto así el ámbito del mundo, se puede decir que las técnicas mantienen una sociedad que además puede situar en su sitio el discurso. Se trata, pues, de explicar conexiones y no de inferir causas o principios. Seguir caminos y explicarlos como método de pensamiento y comportamiento.

Cuatro, en el Renacimiento, con la reactualización de Sexto Empírico, el escepticismo constituye una nueva alternativa de reflexión y comunicación. Sin embargo este nuevo horizonte no puede borrar los fundamentos cristianos del mundo creado y del hombre como imagen de Dios. Así la duda sobre lo establecido que conduce a la investigación de un método pasa a ser la duda como método que se afianza en la bondad infinita. También el Dios responsable del mundo podría ser un genio con malas intenciones y entonces no diferenciaríamos el estado de sueño del de vigilia. Tiene que contar necesariamente con un dogmatismo de procedencia extraña. Entonces nuestro escepticismo se ve proyectado a unos cauces muy distintos del planteado en el mundo griego.

Sin duda el escepticismo de los griegos atiende a los criterios de verdad, pero en realidad se mueve más bien como discurso que facilita una comunicación sin dogmatismos. Trata de recoger imágenes comunes en las que apoya una convivencia eficaz. No es otra cosa que la confianza en la búsqueda, en la investigación y en el método para rechazar irregularidades ajenas a lo compartido en la propia vida de todos. No es nada más.



BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS GENERALES Y REPERTORIOS (cronológicamente)

FERRARIA, Lucina – SANTESE, Giuseppina, “Bibliografia sullo scetticismo antico (1880-1978)”, en *Lo Scetticismo Antico. Atti del Convegno organizzato dal Centro di Studio del Pensiero Antico del C.N.R. roma 5-8 Novembre 1980* a cura di Gabriele Giannantoni (en adelante *Atti*) vol. II, págs. 754-850.

VOELKE, André-Jean, “Le scepticisme antique: perspectives historiques et systématiques”, en *Actes du Colloque international sur le scepticisme antique. Université de Lausanne, 1-3 juin 1998. Cahiers de la Revue de Théologie et de Philosophie*, n.º 15. Lausanne 1990.

BARNES, J. *The Toils of Scepticism*, Cambridge Univ. Press, 1990.

PRA, M. del, *Lo scetticismo greco*, 2 vol. Milán 1950; 2.ª edic. 1975.

RICKEN, F., *Antike Skeptiker*, München 1994.

HEMKINSON, R. J., *The Sceptics*, London 1995.

B) OBRAS DE LOS ESCÉPTICOS GRIEGOS (por orden alfabético de autores)

BURY, R.G., *Sextus Empiricus, with an English Translation*, vol. I: *Outlines of Pyrrhonism* (1933); vol. II: *Against the Logicians* (Harvard 1935); vol. III: *Against the Physicists. Against the Ethicists* (harvard 1936); vol. IV: *Against the Professors* (Harvard 1949). Loeb Classical Library.

DECLEVA CAIZZI, F. *Pirrone. Testimonianze*, Nápoles 1981.

MUTSCHMANN, H. *Sexti Empirici Opera*, texto griego. Teubner, vol. I Leipzig 1912; vol. II Leipzig 1914.

MUTSCHMANN, H. – MAU, J. – JANÁČEK, K., *Sextus Empiricus. Opera*, texto griego, vol. III, Leipzig 1954; IV, Leipzig 1962.

Traducciones al castellano (cronológicamente):

GIL FAGOAGA, L., *Los Tres libros de Hipotiposis Pirrónicas*, Madrid 1926.

GALLEGO CAO, A. y MUÑOZ DIEGO, T., *Esbozos Pirrónicos*, Gredos, Madrid 1993.

BERGUA CAVERO, J. *Contra los Profesores*, Gredos, Madrid 1997.

C) OBRAS GENERALES QUE RESUMEN ESCÉPTICOS GRIEGOS

CICERÓN, *Cuestiones Académicas*, trad. de J. Pimentel, México 1980.

DIÓGENES LAERCIO, *Lives of Eminent Philosophers*, texto griego y trad. al inglés de R.D.Hicks, Loeb, Class. Libr., Londres 1979. En español, *Vida de los filósofos más ilustres*, trad. de J.Ortiz y Sanz (del siglo XVIII), reimp. Barcelona 1962.



D) ESTUDIOS SOBRE EL ESCEPTICISMO GRIEGO.

ADORNO, F. “Sesto Empirico: metodologia delle scienze e “scetticismo” come metodo”, en *Atti*, vol. II págs. 447-487.

ANNAS, J – BARNES, J. *The Modes of Skepticism. Ancient Texts and Modern Interpretations*, Cambridge 1985.

ARNIM, H. VON, “Sextus Empiricus”, en la R.E. Pauly-Wissowa, 1923.

BARNES, J. – BRUNSCHWIG, J. – BURNYEAT, M. . SCHOFIELD, M. eds. *Science and Speculation. Studies in Hellenistic theory and practice*, (Actas de las conferencias de filosofía y ciencia helenística en París 1980), Cambridge-París 1982.

BARNES, J. “The Beliefs of a Pyrrhonist” en *Elenchos* 1983, págs. 5-43.

BARNES, J. “Diogene Laerzio e il Pirronismo” en *Elenchos* 1986, págs. 383-427.

BRANCACCI, A. “La filosofia di Pirrone e le sue relazioni con il cinismo” en *Atti*, vol. I, págs. 211-243.

BRÉHIER, E., “Le mot NOHTON et la critique du Stoïcisme chez Sextus Empiricus”, en *Revue des Études Anciennes* 16, 1914, págs. 269-282.

BRÉHIER, E., “Pour l’histoire du scepticisme antique. Les tropes d’Énésidème contre la logique inductive”, en *Rev. d. ét. anc.* 20, 1918, págs. 71-76.

BROECKER, W. “Die Tropen der Skeptiker!”, en *Hermes* 1958, págs. 497-499.

CALOGERO, G. “Socratismo e scetticismo nel pensiero antico”, en *Atti*, vol. I págs. 35-47.

CALVO MARTÍNEZ, T. “Hermenéutica escéptica pre-pirrónica”, en *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vo. XVIII, n.º 2, 1992, págs. 195-217.

CAVINI, W., “Sesto Empirico e la logica dell’aparenza”, en *Atti*, vol. II, págs. 533-547.

CELLUPRICA, V., “Noetón e aisthetón in Sesto Empirico”, en *Atti*, vol. II, págs. 497-501.

COSENZA, P., “oudèn mállon”, en *Atti*, vol. I, págs. 371-377.

DECLEVA CAIZZI, F., “Prolegomeni ad una raccolta delle fonti relative a Pirrone di Elide”, en *Atti*, vol. I, págs. 93-129.

DUMONT, J. P., *Le Scepticisme et le phénomène. Essai sur la signification et les origines du pyrrhonisme*, Paris 1972.

FREDE, M., *Essays in Ancient Philosophy*, Minneapolis 1987

GIANNANTONI, G., “Pirrone, la scuola scettica e il sistema delle “successioni””, en *Atti*, vol. I, págs.11-35.

GIGANTE, M., *Scetticismo e epicureismo*, Nápoles 1981.

GONZÁLEZ ESCUDERO, S., “Pirrón de Elis” en *El Basilisco* 7, 1991, págs. 31-38.



- LAURSEN, J. CH., "El Escepticismo y el pensamiento político", en *Rev. Latin. de Filos.* vol. XIX, n° 1, 1993, págs. 59-80.
- LONG, A. A., "Sextus Empiricus on the Criterion of Truth", en *Bull. of the Inst. of Class. Stud.* 25, 1978, págs. 35-49.
- LONG, A. A., *La filosofía helenística*, trad. Madrid 1984.
- LONG, A. A. and SEDLEY, D. N., *The hellenistic philosophers*, 2 vol. Cambridge 1987.
- MARCONDES DE SOUZA FILHO, D., "La inocencia por la que se debe luchar: el escepticismo y la idea de filosofía como terapia", en *Rev. Latin. de Filos.*, vol. XIX, n.º 1, 1993, págs. 81-95.
- NUSSBAUM, M., "Skeptical purgatives: therapeutic arguments in ancient Skepticism", en *Journal of the Hist. of Philos.* 29, 1991, págs. 521-558.
- PRA, M. DEL, "Scetticismo e realismo", en *Atti*, vol. II, págs. 737-751.
- REALE, G., "Ipotesi per una rilettura della filosofia di Pirrone di Elide", en *Atti*, vol. I, págs. 243-336.
- ROBIN, L., *Pyrrhon et le scepticisme grec*, Paris 1944.
- STOUGH, CH. L., *Greek Skepticism. A Study in Epistemology*, Berkeley 1969.
- VOLLGRAFF, G., "La vida de Sexto Empírico", 1902, según la trad. que incluye Fagoaga en su edición de Sexto Empírico arriba citada.

E) OBRAS DESDE LA CONSIDERACIÓN DE LA POSTURA ESCEPTICA ACTUAL

- ANNAS, J., "Doing without Objective Values", en Schofield 1986, págs. 2-29.
- BURNYEAT, M. F., "Can the Skeptic live his Skepticism?", en Schofield, 1980.
- BURNYEAT, M. F., "Idealism and Greek Philosophy: What Descartes Saw and Berkeley Missed", 1982, en Williams 1993, págs. 3-41.
- FERREIRA, M. J., *Scepticism and reasonable doubt: the British naturalist Tradition in Walkins, Hume, Reid and Newman*, Oxford 1986.
- MAUDIN, T. "The Structure of Skepticism", en *Ancient Philosophy* 1986, págs. 177-193.
- NAESS, A. *Scepticism*, London 1968
- SCHOFIELD, M. – BURNYEAT, M.F. – BARNES, J. (edit.) *Doubt and Dogmatism: Studies in Hellenistic Epistemology*, Oxford 1980.
- SCHOFIELD, M. – STRIKER, G. (edit.), *The norms of Nature*, Cambridge 1986 (Hay trad., *Las normas de la naturaleza. Estudios de ética helenística*, México 1991).
- WILLIAMS, M. (edit.), *Scepticism*, Darmouth 1993.
- WILLIAMS, M., "Scepticism without Theory" 1988, en Williams 1993, págs. 41-85



F) ESTUDIOS SOBRE ASPECTOS DE LA FILOSOFÍA QUE SE HAN UTILIZADO EN EL ENFOQUE DEL ESCEPTICISMO

COROMINAS, J., *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid 1974.

DOMÍNGUEZ GARCÍA, V. J., "Sobre la melancolía en Hipócrates", en *Psicothema*, 1991, págs. 259-267.

MOLINER, M., *Diccionario de uso del Español*, 2 vol. Gredos, Madrid 1966.

POPKIN, R. H., *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, trad. México 1983.

PUSTER, R. W., *Zur Argumentationsstruktur Platonischer Dialoge*, München 1983.

RAVEN, J. E., *Plato's Thought in the Making*, Cambridge 1965.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, edic. 1995.

SHOTWELL, J. T. *Historia de la Historia en el mundo helenístico* (New York 1939), trad. en F. C .E. 1940, reimpresión. Madrid 1982.